
Este país

Una historia crítica

CUANDO falta una semana para que Adolfo Suárez inaugure con un discurso el II Congreso Nacional de Unión de Centro Democrático, la mayor parte de la actividad política del partido se centra en la disputa entre los sectores «oficialista» y «crítico».

A siete días vista no se conoce, sin embargo, un dato fundamental: qué va a hacer el presidente. Encerrado en el Palacio de la Moncloa, Adolfo Suárez estudia la respuesta a los críticos, pero nadie sabe aún en qué va a consistir ésta.

Hasta el momento de cerrar la edición, la «defensa» oficialista consistía básicamente en «ametrallar» a la opinión pública tratando de restarle contenido a la postura crítica.

Prácticamente la totalidad de los medios de comunicación, en este sentido, han recibido en las dos últimas semanas los efectos de la estrategia oficialista. Toda clase de «intoxicaciones», noticias



Palace Hotel
Cuatro habitaciones para críticos

falsas o interesadas y rumores diversos han llegado hasta los periodistas, girando en torno a un denominador común: el documento crítico es asumible por todos y al final habrá acuerdo.

No parece, sin embargo, que esa sea la perspectiva. Miguel Herrero de Miñón, uno de los más destacados dirigentes críticos, asegura que «no se trata de

acuerdos, sino de llevar adelante determinadas reformas en el partido»; Miguel Herrero de Miñón, en el Club Siglo XXI, destacó, además, que «el dilema del próximo Congreso es regenerarse por la vía de una institución democrática o disolverse en el ocaso de un carisma personal».

Oscar Alzaga, que pasa por ser el «cerebro» de la operación, se expresa en parecidos términos, y el propio Landelino Lavilla, «la alternativa», ha hablado de «posturas definitivas».

El liberal Pedro López Jiménez, por su parte, afirma que «todos los síntomas señalan una profunda separación entre UCD y su base sociológica». Pedro López, alineado con los críticos, cree que las pasadas derrotas electorales pueden estar prefigurando «el resultado de las próximas elecciones generales. Por todo ello, el II Congreso debe ser el comienzo de una profunda rectificación; de no ser así, UCD no cumplirá sus obligaciones ante la sociedad española».

En efecto, esta revista pudo saber que la operación crítica no ha hecho sino empezar. Este sector prepara una estudiada estrategia de cara al Congreso, que supone no sólo su presencia activa en comisiones y «pasillos», sino también algunos actos formales tan sonados o más que el documento originario.

Los críticos cuentan para ello con una infraestructura propia, que incluye ofici-

nas, personal y financiación y que tienen intención de llevar hasta Palma de Mallorca, donde se celebrará el II Congreso.

Será ahí, en última instancia, donde los críticos utilizarán toda la artillería para regresar de Palma, como dice Herrero de Miñón, «con una UCD tal y como la soñamos los militantes de base y como la desean sus electores. Con un liderazgo colectivo, atentos al palpito

de la opinión pública y que sea capaz de fijarse una línea de acción».

Ese sueño ha sido el que ha llevado ya a casi 600 de los 1.800 compromisarios al Congreso a firmar un documento que, convertido pronto en una bandera, ha sido el inicio de un movimiento de contestación sin precedentes a la actual situación de la UCD que lidera Adolfo Suárez.

Un sueño ciertamente que se remon-

ta al primer Congreso, celebrado en 1978, en el que los críticos, la familia democristiana en aquel momento, hizo una fuerte declaración, especialmente a través de José Luis Álvarez, contra las restantes familias centristas.

Con todo, la historia inmediata de los actuales críticos es más reciente: pequeñas escaramuzas durante el pasado año en torno a la ley de Autonomía Universitaria, propiciada por el socialdemócrata González Seara, y en torno a la ley del Divorcio, propiciada también por otro socialdemócrata, el ministro Fernández Ordóñez.

Las escaramuzas se convierten en una primera batalla, ganada por los críticos con apoyos de otras familias, con ocasión de la elección de portavoz del grupo parlamentario centrista en el Congreso.

Miguel Herrero y Rodríguez de Miñón, que pronto se convertiría en una de las estrellas del sector, es elegido por abrumadora mayoría portavoz por los parlamentarios, cansados de ser «diputados-llave» a las órdenes del «aparato del partido». Es octubre de 1980, y la «guerra» ha comenzado.

Poco después los críticos aparecen ya

como una corriente organizada: un documento firmado por 30 miembros de UCD, entre los que hay, además de democristianos y liberales, algún socialdemócrata, proponen públicamente una disminución de los poderes del presidente Suárez en el partido y una mayor democratización interna.

Dos meses de cenas, reuniones y conversaciones de despacho y pasillo traen en diciembre el «documento fundador» del movimiento crítico de UCD.

Doscientos compromisarios al Congreso, que ya son 600, sientan las bases de su contestación cara al II Congreso Nacional. Estas son:

«Que la voluntad colectiva del partido sea definida y articulada por órganos colegiados y ampliamente representativos y no por voluntades personales.

Que la constitución de dichos órganos se haga por un sistema de representación proporcional, de modo que todos participen en las decisiones políticas, incluida las minorías que en cada momento y lugar puedan existir, para hacer frente colectivamente a las grandes tareas que nuestro partido ha de asumir.

Que desde la cúspide a la base y en toda la burocracia interna del partido

impere el principio de respeto al funcionamiento de los órganos colegiados de representación y de gobierno, que sus reuniones se celebren regularmente, que sus decisiones se conozcan y se apliquen y que la democracia interna genere la selección de los dirigentes y los cuadros del partido.

Que se mantenga y fomente un debate político interno, vivo y sincero, a través del que se preparen las decisiones políticas del partido, de manera análoga a como sucede en los grandes partidos europeos.»

Con estas «reivindicaciones» se presentaron los 200 primeros compromisarios críticos, entre los que hay casi un centenar de parlamentarios, y entre los que se encuentran Oscar Alzaga, Antonio Fontán, Ignacio Camuñas, Arturo Moya y una larga lista a la que pronto se unen el ex ministro Leal, el propio Landelino Lavilla y un largo etcétera que completan, a una semana del Congreso, las 600 firmas.

¿De qué ideología? Predominantemente democristianos y liberales, pero también procedentes de la familia socialdemócrata y compromisarios independientes.